

Director Responsable:

Ramón Díaz

Editor:

Daniela Arbillas

Directorio: Ramón Díaz, Manfredi Cakato, Pablo Fossati, Ramiro Rodríguez Villamil y Daniela Arbillas.

Columnistas: Daniel Gianelli (política) y Jorge Caumont (economía).

Secretaría de Redacción: Miguel Arregui.

Información política: Claudio Paolillo (jefe), Gerardo Maronna, Alfonso Lessa, Alvaro Amoretti, Nelson Fernández, Luis Casal Beck. **Información general:** Alejandro Nogueira (jefe), Eralin Mannise, Alvaro Güz, Gabriel Recarte, Claudio Romanoff, Mónica Bottero.

Reportajes especiales: César di Candia.

Indicadores económicos: Roberto Paulier (coordinador), Javier de Haedo (columnista), Carlos Mermot, Gustavo Michellin, Julio De Brum, Lorenzo Helguera y Gabriela Inclarte. **Información internacional:** Yanina Olivera - Servicios especiales de "The Washington Post", "Los Angeles Times", "The Guardian", DPA, ANSA y AFP. **Cultura y espectáculos:** Sergio Lacuesta (coordinador), Rodolfo Fattorusso y Barret Puig (columnistas), Jorge Castro Vega (columnista), Alvaro Sanjurjo Toucon (cine) y Enrique Hetzel (jazz).

Medicina: Jean Richard. **Deportes:** Mauricio Fernández Reyes. **Columnista:** Juan Carlos Paulier (fútbol).

Humor: Kid Gracia, Aldo Cammarota y Leslie. **Archivo:** Florencia Herrera. **Fotografía:** Milton Cea.

Diagramación: Nelson García Serra. **Corresponsales:** Pablo Montaldo (Brasil) y Zeimar Lissardy (Argentina).

Administración: Alfredo Bianchi Varela.

Búsqueda es una revista semanal miembro de la Sociedad Interamericana de Prensa. Está inscrita en la Dirección de Industrias con la matrícula N° 2079. Con domicilio en Av. Uruguay 1146, tel.: 921300, 921356, 921365, 921388, 906435, 906378, 906337 y 905664, Montevideo, Uruguay. Las opiniones vertidas en los artículos son de exclusiva responsabilidad de los autores. Precio de venta \$5 700. Impreso en Talleres Gráficos de Impresora Polo Ltda.

Yaysandú 1179. Tel.: 920452-00. D.L. N° 40.172. Distribución: Paicito.

por Ramón Díaz

Aquí mismo hace una semana proponía la conclusión de que Marx no podría dejar de sufrir una pérdida cualitativa de prestigio e influencia como consecuencia de la crisis del comunismo, y el patente desmentido a sus profecías que ella implica, particularmente en lo que respecta a la idea de que las revoluciones son transformaciones irreversibles, que inauguran sendas etapas nuevas en la evolución de la humanidad, la proletaria, última y definitiva, más que ninguna otra. Permítaseme ilustrar con un par de ejemplos lo que quiero decir.

Luego de afirmar que "la burguesía se muestra incapaz de seguir rigiendo sus propias fuerzas sociales productivas", Engels sostiene que por lo tanto está llegando la hora de superar tales contradicciones mediante la revolución proletaria, y agrega: "El proletariado toma el poder político, y, por medio de él, convierte en propiedad pública los medios sociales de producción, que se le escapan de las manos a la burguesía... A partir de entonces es ya posible una producción social con arreglo a un plan trazado de antemano. El desarrollo de la producción convierte en un anacronismo la subsistencia de diversas clases sociales. A medida que desaparece la anarquía de la producción social, va languideciendo también la autoridad política del Estado..." (Del socialismo utópico al científico).

Por lo tanto, la planificación centralizada es la condición de que se liberen las fuerzas reprimidas de la producción

Pensadores revolucionarios:

¿Marx o Rousseau?

social, y se supere la anarquía que representa el mercado. Esto está en diametral oposición con lo que estamos oyendo, y en alguna medida viendo ya, en Europa Oriental. El mercado es un asignador eficiente de recursos y el plan central es una máquina de producir desorden. El camino anterior estaba equivocado. El socialismo es otra cosa. Todavía no se sabe bien qué, pero no es un sistema de propiedad colectiva de los medios de producción, que es algo que lleva a la miseria colectiva, a una estratificación social mucho más marcada que la del capitalismo, y a la entronización de una burocracia estúpidamente destructiva de toda creatividad, mientras el Estado, que según la profecía marxista debía estar languideciendo, se vuelve cada vez más opresivo.

Es notable como Marx y Engels quemaron sus naves, sin darse el menor margen de evasión si sus pronósticos fallaban. Sin duda, esto contribuyó a conferir a su doctrina el gigantesco poder intelectual y material que conquistó, pero naturalmente tenía sus inconvenientes en caso de que las profecías fracasaran. Imagínense al pobre Hernán Cortés si hubiese sido derrotado en las tierras altas, de regreso en la costa, tratando de fabricarse unas chalanas antes de que llegaran los indios.

Nada más extraño al pensamiento de Marx que la idea de que los revolucionarios ensayaran sistema tras sistema, hasta que se les ocu-

riera uno viable. Desde el poder revolucionariamente conquistado, escribiría Marx, los proletarios "no tienen que realizar ningunos ideales, sino simplemente dar suelta a los elementos de la nueva sociedad que la vieja sociedad burguesa agonizante lleva en su seno". (La guerra civil en Francia). En otras palabras, la implantación del socialismo sería un proceso impersonal y espontáneo, puesto que constituiría la respuesta dialéctica a las contradicciones del sistema burgués, y estaría por completo a prueba de errores. Noten la tremenda seguridad que destila este otro fragmento de Marx: "Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar..." (Prólogo de la Contribución a la Crítica de la Econ. Política). O sea que la garantía contra el posible *dérápaje* de una revolución es absoluta.

Este no es el lenguaje que emplea la mayor parte de quienes, llamándose marxistas, hacen oír su voz en este tiempo de calamidades. Dicen, por ejemplo: "Stalin fue el culpable de instituir un sistema que no era el de Marx, Engels ni Lenin" o

bien, "Si Lenin no hubiera padecido el derrame cerebral que le incapacitó, el socialismo soviético sería totalmente distinto", etcétera. Todo esto puede ser o no cierto, pero si es cierto, entonces Marx estaba radicalmente equivocado. Eso no puede discutirse.

Hay otro enfoque de quienes se dicen marxistas respecto de la *débacle* del sistema económico en Europa Oriental. "Señores capitalistas", arguyen, "¡lleveis milenios ensayando el camino óptimo sobre la base de la propiedad privada, y os impacientáis si nosotros tardamos algunas décadas en encontrar nuestro derrotero. Lo que empezó en Octubre en Rusia es la decisión de un pueblo de encontrar un sistema que le permita erradicar la explotación del hombre por el hombre, y por ende vivir con libertad y dignidad, y esa voluntad conserva hoy toda su validez. Reconoced que también a nosotros nos hace falta tiempo". Tal vez, pero, nuevamente, la pretensión nada tiene que ver con Marx. En cambio me parece consistir en Rousseau indultado. Y con ello paso a ofrecer una somera fundamen-

tación de la tesis que ya adelanté en el artículo anterior, de que Rousseau terminará desplazando por completo a Marx como filósofo de la izquierda en un futuro muy cercano, si es que no lo ha hecho ya, por más que sin recibir condigno reconocimiento.

Veamos ante todo lo que ambos pensadores tienen en común. Ambos comparten entre sí, y con la mayoría de los demás filósofos a partir de la Ilustración, una antropología francamente optimista. El mal, por supuesto, se hace presente a cada paso en la historia, pero es externo a la naturaleza humana, se halla encarnado sólo en las estructuras socio-culturales; asimismo, tuvo un principio, antes del cual la bondad natural del ser humano resplandeció, y está llamado a tener un fin, que se operará a partir de un acto de liberación política de los oprimidos, tras el cual la humanidad recuperará su felicidad primitiva. Para ambos el pecado original, que reporta al hombre la pérdida del Edén, es de carácter jurídico-político, concretamente consiste en la aparición de la propiedad privada. La versión de Rousseau: "El primer hombre que, habiendo cercado un predio, dio en afirmar *Esto es mío*, y encontró gente tan simple como para creérselo, fue el

(pasa a pág. 45)

Nueva sede de "Búsqueda"

Desde hace un mes, la administración y redacción de **Búsqueda** cuentan con nueva sede: Avda. Uruguay 1146, esquina Rondeau, teléfonos 92 13 00, 92 13 56, 92 13 65, 92 13 88, 90 56 64, 90 63 37 y 90 64 35. Próximamente, además, será habilitado el teléfono 90 63 76.

¿Marx o Rousseau?

(viene de pág. 2)

auténtico fundador de la sociedad civil". (**Discurso sobre la desigualdad**). Crímenes, guerras, homicidios, horrores y desgracias siguieron en tropel. La versión de Engels: "El poderío de (las) comunidades primitivas tenía que quebrantarse, y se quebrantó. Pero se deshizo por influencias que desde un principio se nos aparecen como una degradación, como una caída desde la sencilla altura moral de la antigua sociedad de las gens. Los intereses más viles —la baja codicia, la brutal avaricia, el robo egoísta de la propiedad común— inauguran la nueva sociedad civilizada, la sociedad de clases..." (**El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado**).

De aquí en adelante hay diferencias. Tanto Marx como Rousseau anuncian revoluciones, pero para el primero la revolución definitiva no es más que la síntesis final del proceso dialéctico que el surgimiento de la propiedad privada puso en marcha: la sociedad sin clases representa la superación del choque dialéctico entre burgueses y proletarios, y la naturaleza y estructura de esa sociedad está predeterminada por el proceso dialéctico; mientras que para Rousseau la revolución es, aunque justa y previsible, contingente, tanto respecto del tiempo en que sobrevendrá como acerca de su contenido, es decir, de la clase de sociedad que cons-

tituya su producto final. Se trata de sacudir el yugo que comportan para el hombre las estructuras de la sociedad actual, y recuperar la libertad que con malas artes le habían birlado; pero, vuelto nuevamente libre, el hombre deberá ser de todos modos el constructor de su destino, sin que la historia predetermine en qué debe consistir éste. La revolución marxista tiene un objetivo material; la rousseauiana una meta solo formal: liberar la voluntad colectiva —la **volonté générale**— de las cadenas que llevan milenios frustrándola, y dejar que ella moldee la sociedad justa.

Ambos sistemas, el marxista y el rousseauiano, contienen garantías acerca del acierto con que los revolucionarios actuarán. En Marx desempeña ese papel la infalibilidad de la dialéctica materialista, en Rousseau la infalibilidad de la **volonté générale**. Pero, fuerza humana al fin —mientras que la dialéctica materialista posee un carácter indudablemente suprahumano— la voluntad general es solo infalible en el plano ético. Solo puede querer el bien de la comunidad, pero puede estar mal informada, y por tanto adoptar decisiones erróneas en el plano de, digamos, la eficiencia económica. Desde este punto de vista, Rousseau, voluntarista, es infinitamente mejor guía que Marx, determinista histórico, para buscar la salida al atroz atolladero del bloque soviético entre escombros de colectivismos periclitados.